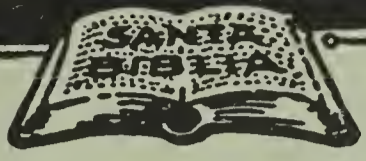


LAP

MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER
BR
7
.M463
no.
433-
529

1962
1961 hasta 1970

MENSAJES *del amor de* DIOS



Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950

Número 443

Para los meses de febrero y marzo.

1 de febrero de 1963.

“LAVAME, Y SERE EMBLANQUECIDO MAS QUE LA NIEVE” – Salmo 51:7.



MAS BLANCO QUE LA NIEVE

En esta fotografía podemos distinguir claramente la blancura de la nieve — a pleno sol — de lo oscuro de las sombras al fondo. Poco antes de que cayese la nevada, todo el paisaje bajo un cielo nublado parecía bien oscuro. Pero ¡qué cambio se operó! Ya todo está cubierto de un manto de blancura intensa.

¿Es posible que haya algo aun más blanco que la nieve? ¡Sí! un pecador arrepentido y ya lavado de todos sus pecados con “la sangre preciosa de Cristo.” ¿Es posible que el gran Dios Creador, tres veces santo, omnipotente,

omnisciente y omnipresente, quien todo lo puede, todo lo sabe y todo lo ve, perdone a un hombre pecador de tal manera? ¡Sí! “Ciertamente es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1^a Timoteo 1:15, N-C). Tan pronto que el pecador cree de corazón en el Señor Jesucristo, sus pecados son lavados de una vez; ya lo negro del fondo de su vida pecaminosa se ha tornado en una blancura más pura que la de la nieve. Se ha cumplido, pues, la palabra:

“Lávame, y seré emblanquecido más que la nieve” (Salmo 51:7).

Y ¿con qué elemento se ha purificado?

“... no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1ª de Pedro 1:18, 19, N-C).

¡Qué grande bendición!

“... la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos purifica de todo pecado” (1ª de Juan 1:7, N-C).

Que nos siga hablando la Palabra inspirada de Dios:

“Cristo, a su tiempo, murió por los impíos” (Romanos 5:6, N-C).

“Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros. Con mayor razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por El salvos de la ira” (Romanos 5:8, 9, N-C).

“... en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre” (Efesios 1:7, N-C).

“... en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados” (Colosenses 1:14, N-C).

“... nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo, por quien en virtud de la fe hemos obtenido también el acceso a esta gracia en que nos mantenemos y nos gloriamos” (Romanos 4:24 a 5:2, N-C).

En estas Sagradas Escrituras, vemos que el precio de la redención del pecador fue “la sangre preciosa de Cristo,” su muerte expiatoria en la cruz. Vemos también que la justificación delante de Dios procede de “la fe.” El pecador arrepentido que cree lo que Dios le ha dicho en su Palabra de verdad, la Biblia, es perdonado, lavado, purificado y justificado delante del juez.

“¡Qué maravilla que Cristo
Viniera del cielo!

¡Qué maravilla que Cristo
Muriera por mí!”

Querido lector, que no tengas en poco la oferta magnífica y sublime de Dios,

pensando que tú no eres hombre pecador, y por lo tanto que la urgente necesidad de reconciliación con Dios les atañe a otros, pero no a ti. ¡Desilústrate de esta vana pretensión! “pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios” (Romanos 3:23, N-C); tú estás incluido tanto como los demás. ¡Oh! no endurezcas el corazón, sino deja que se abra para recibir al mejor Huésped que jamás ha llamado a tu puerta, el Señor Jesucristo, el cual murió por amor a ti.

¿No quieres creerlo? ¡Escucha! Habrá juicio para todo aquel que tiene en poco la sublime virtud de la sangre preciosa de Cristo: “... ¿de cuánto mayor castigo pensáis que será digno el que pisotea al Hijo de Dios y reputa por inmunda la sangre de su testamento... e insulta al Espíritu de la gracia? Porque conocemos al que dijo: Mía es la venganza; yo retribuiré... Terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo” (Hebreos 10:29-31). El fin es ser arrojado al “lago de fuego” (Apo. 20:15).

El rey culpable David, profundamente arrepentido y sabiendo que fue lavado más blanco que la nieve, pudo exclamar: “Abre tú, Señor, mis labios, y cantará mi boca tus alabanzas” (Salmo 51:17, N-C). ¿No ha de recibir el Señor alabanzas de tu boca?

“Lávame, y seré emblanquecido más que la nieve.”

“Pues de gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios; no viene de las obras, para que nadie se gloríe.” Ef. 2:8, 9; N-C.

“DIOS LO DICE”

Un infiel blasfemador había asistido a la Escuela Dominical y otros servicios en su niñez, donde estuvo en el ambiente o la órbita de la influencia de la verdad de Dios. Sin embargo, al hacerse hombre echó todo a un lado y vino a ser un infiel declarado.

Este incrédulo se unió a una compañía viajera de espectáculos, y un día en la ciudad donde se encontraban, oyó que

un hombre estaba predicando la "doctrina del diablo". Por curiosidad decidió escuchar lo que aquel hombre tenía que decir.

Al llegar encontró un número de personas reunidas leyendo la Palabra de Dios. Esto no era lo que él esperaba, pero se sentó y escuchó. El tema era, "El Nombre de Jesús". Ese nombre no tenía ningún atractivo para él, sino removió el odio en su corazón.

Uno del grupo dijo, **"Porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos"**. (Hechos 4:12). Luego cantaron reverentemente:

**"Nunca los hombres cantarán;
Nunca los ángeles de luz
Más dulce nota elevarán
Que el nombre de Jesús."**

Terminado el himno, el predicador se levantó y dio un corto mensaje. El tema que escogió fue estas benditas palabras: **"Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido."** (Lucas 19:10, N-C).

Terminado el mensaje el predicador se acercó al infiel y comenzó a hablarle sobre su alma. El pobre incrédulo comenzó inmediatamente a exponer sus infieles ideas, y a blasfemar aún más vilmente de lo que antes había hecho. El predicador ultrajado se retiró y el infiel se quedó parado almacenando odio contra Dios y su Cristo. Otro hombre se acercó al incrédulo y le gritó aloído: **"¡Dios dice que usted está perdido!"**

El incrédulo se llenó de rabia, por lo que consideró tan terrible insulto. Se fue a acechar al predicador cuando saliera; —había determinado maltratarlo, pero mientras esperaba, salieron varias otras personas, y todos parecían tener algo que decirle. No pudiendo soportar más, decidió márcharse.

La flecha disparada al azar había penetrado entre las junturas de la armadura, y las palabras continuaron resonando en sus oídos: **"Dios dice que usted está perdido."**

"La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios." Romanos 10:17.

Olvidar estas palabras, no podía. El sueño se le fue. Aquellas palabras le rondaron durante el silencio de la noche; y el día próximo estuvo tan miserable e indeciso, que no pudo hacer nada. Entonces se acordó del amor de Dios para el que estaba "perdido". ¿Podría, desearía Dios perdonarle a él, un vil blasfemador?

Al fin de tres días, la esperanza casi se había apartado de él, y una gran angustia había tomado su lugar. Entonces las palabras usadas por el predicador vinieron de nuevo a su mente en todo su poder, y fueron aplicadas por el Espíritu de Dios a su alma atormentada: **... "Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido"**.

La luz brilló en su alma. ¡El era lo que estaba perdido! El Hijo del hombre había venido a buscarle y a salvarle. Su corazón se llenó de gozo y alabanza, y encontró su mayor felicidad en decirle a otros lo que Dios había hecho por él.

"Pues [Cristo] el Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido" (Lucas 19:10, N-C).

"Por sus frutos los conoceréis". Mat. 7:16, N-C.

UN ESTUDIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

SAN JUAN

Capítulo 13: 12-17, N-C

"Cuando les hubo lavado los pies, y tomado sus vestidos, y puéstose de nuevo a la mesa, les dijo: ¿Entendéis lo que he hecho con vosotros?" (v. 12). El Señor Jesucristo, mostrando su profunda humildad, acababa de lavar los pies de sus discípulos (cap. 13:4, 5). Luego iba a darles a saber el significado espiritual de tan abnegado acto, y les preguntó: **"¿Entendéis lo que he hecho con vosotros?"** Claro, ellos entendieron bien que El les había lavado, literalmente, los pies con agua y los había enjugado con la toalla que tenía ceñida.

Por lo tanto, la pregunta, ¿“Entendéis lo que he hecho con vosotros?” tuvo que ver con el significado espiritual del acto.

Para andar en compañía de Jesús, es preciso mantener el alma limpia de las contaminaciones de la vida mundanal. Sin embargo, el redimido del Señor, limpiado ya de las manchas del pecado, tiene que andar todavía por los caminos de este mundo—aún no está en el cielo en la casa del Padre—y sus pies llegan a estar cansados y ensuciados por el contacto con las cosas mundanales en derredor; y aquí viene el portento: el Señor le lava los pies por medio del agua espiritual, de la cual habla la Sagrada Escritura así: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua, con la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable” (Efesios 5:25-27, N-C). Sí, es la Palabra de Dios, la que tenemos en la mano—la Santa Biblia—la que limpia el alma del creyente de las contaminaciones que nos ha salpicado el mundo pecaminoso y tentador.

“Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros. Porque yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho. No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien le envía” (vss. 13-16).

Los discípulos llamaban a Jesús “Maestro”, luego “Señor”; pero Él invirtió el orden de las palabras, y les

dijo: “soy . . . vuestro Señor y Maestro.” Antes de que podemos aprender lecciones a los pies del gran Maestro, es preciso que reconozcamos sus derechos sobre nosotros como el Señor. ¿Has confesado a Cristo, reconociendo su señorío? ¿Jamás has leído esto?: “Vivo yo, dice el Señor, que a mí se doblará toda rodilla y toda lengua rendirá homenaje a Dios” (Romanos 14:11, N-C). “Jesucristo es el Señor de todos” (Hechos 10:36, N-C). Ahora bien, “si confesares con tu boca al Señor Jesucristo y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9, N-C).

Ya hemos visto que el lavado de los pies es el lavado del agua, CON LA PALABRA. Cada verdadero cristiano se halla en el deber de aplicar la palabra de Dios a la necesidad actual de su hermano, teniendo mucho cuidado de hacerlo todo como su Señor les lavó los pies de los discípulos, y los enjugó suavemente con amor.

“Si esto aprendéis, seréis dichosos si lo practicáis” (v. 17). La “fe” y la “salvación” van juntas; pero no es menos cierto que la “obediencia” y la “felicidad” van juntas. “Cree en el Señor Jesús y serás salvo” (Hechos 16:31, N-C). “Si esto aprendéis, seréis dichosos si lo practicáis”, vale decir, si “obedecéis.”

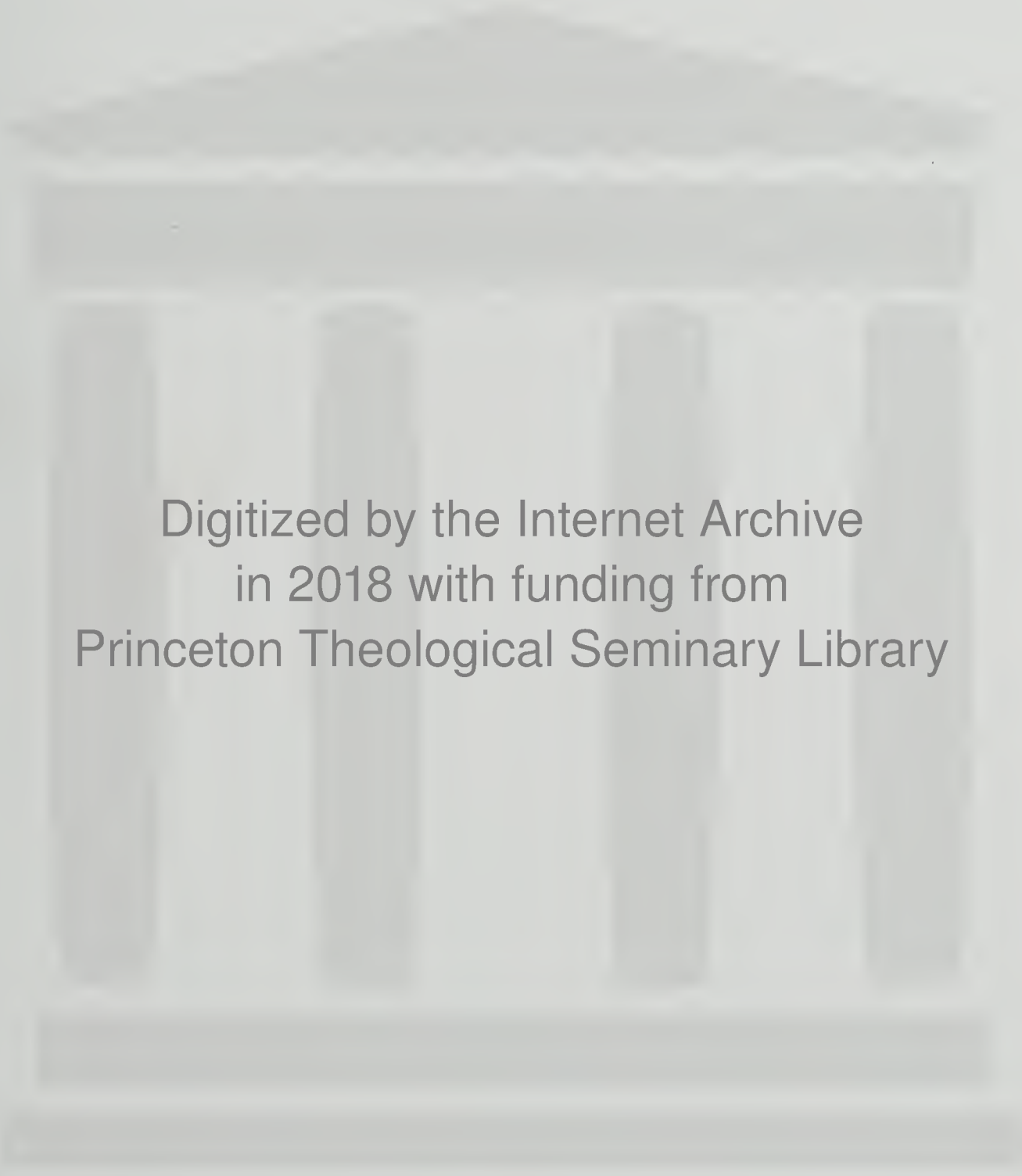
“Ven, ¡oh hombre!, ven,
Con El feliz serás,
Nuevo corazón
De El recibirás;
Cristo te aguarda,
Quiere tu bien;
A Jesucristo, pues,
¡Oh hombre, ven!”

SE MANDA GRATIS AL QUE LO SOLICITE

TODA CORRESPONDENCIA debe dirigirse al Director con Despacho al público en la Editorial “Mensajes del Amor de Dios”.

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

Nótese: todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas “N-C” son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga, 13a. edición, 1963.



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

